



ROMANCE MISTERIOSO.

DESENGAÑOS DE LA VIDA HUMANA,

*y como se ha de huir del Mundo, el Demonio y la Carne;
con algunos sucesos y castigos que ha egecutado la justicia
de Dios con los que han seguido à estos tres enemigos.*

PRIMERA PARTE.

¡O Dios de la Magestad!
profundos son tus secretos
é incomprensibles tus juicios,
Poderoso, Sábio y Bueno,
Justo, Misericordioso,
de todo Hacedor y dueño,
pues nunca ha habido ni hay
quien pudiese comprenderos...
Por vuestra sabiduría
yo solo quedo contento
con preguntar al cristiano
¿qué causas ó fundamentos
hay para ofender á Dios
tan poderoso y tan bueno?
Ya veo que me responden
todos los que están oyendo
que el Mundo, Demonio y Carne
son tres enemigos fieros,
que hacen guerra á nuestras almas,
y yo digo á todos estos
que este mundo se compone
de hombres malos y perversos,
que con su mala conducta
y escandalosos ejemplos
hacen caer muchas almas
al profundo del infierno.
Aquellos escandalosos,
que como brutos sin freno
echan votos y porvidas
contra los Santos del cielo,
contra Jesus y María,
aquellos que deshonestos

pronuncian palabras torpes
por calles, plazas y pueblos,
y otras miradas lascivas
con escandalosos hechos,
que los propios inocentes
dicen y hacen lo mismo
que ven hacer y decir,
¿cuánto hay en el mundo de esto!
Esos padres de familia,
que con sus malos ejemplos
echan á perder los hijos
porque no salen del juego,
de la taberna y del baile,
y no se oye mas en ellos
que maldiciones, porvidas,
blasfemias y juramentos.
Dice Dios por un profeta
contra estos padres perversos,
¿quieres que tu hijo no juegue?
que no te vea en el juego.
¿Quieres que tu hijo no jure?
no jures tú, y es muy cierto
que poco sirve á los hijos
el darles buenos consejos
si con su vida y costumbres
no les dán buenos ejemplos.
¿Hay de aquellos que empapados
en los negocios del suelo
no cumplen la obligacion
que al estado están sugetos!
Díganlo los envidiosos,
que al pesar del bien ageno,

ó por ver medrar á otros,
ellos se están consumiendo,
y así para proseguir
voy á contar un suceso
que se halla en las historias,
prestadme un poco el silencio.
Tenia un Rey en su córte
un hombre muy avariento,
y por vecino tenia
otro envidioso en extremo,
mandó juntar á los dos,
y cuando juntos se vieron,
dijo el Rey al envidioso:
amigo, yo te prometo
el darte cuanto tu quieras
en hacienda ó en dinero;
mas es con la condicion
que á este tu vecino mismo
le tengo de dar doblado:
si me pides tres mil pesos
le he de dar seis mil á este otro.
Quedóse un rato suspenso
el envidioso y le dijo:
Señor, lo que pido y quiero
es que me saqueis un ojo
porque este otro quede ciego.
¡O válgame Dios cristianos!
parece fábula el cuento;
pero veo en nuestra España
tantas discordias y pleitos,
envidias, murmuraciones,
codiciosos y avarientos,
que solo piensan los tales
en juntar mucho dinero,
metidos en la codicia
y en la hacienda tan logrerros,
que no miran lo que tienen
si acaso es suyo ó ageno.
Dime tu que tienes mucho
en llegando aquel tremendo
lance de dar cuenta á Dios,
¿qué es de los bienes terrenos
sino un vil depositario
de tus propios herederos?
Escucha con atencion,
que en este siguiente ejemplo,
segun lo cuenta el Cesario,
que es un autor docto y bueno,
habia un hombre envidioso,
tan avaro y tan logrero,

que solo pensaba este
en juntar bienes sin cuento;
era este tan poderoso,
tan avaro y tan soberbio
que las gentes murmuraban
si era el Dios de aquellos pueblos.
Cayó este malo en la cama,
y viendo que iba de aprieto
le mandan que se confiese,
y él dice que es lo primero
el llamar á un secretario,
que quiere hacer testamento;
el cual vino con presteza,
y agarrando su tintero
puso al punto la cabeza
en el dicho testamento,
y le dicen, diga usted,
¿qué he de poner lo primero?
El enfermo respondió
con semblante muy horrendo:
yo mando mi alma al demonio;
todos quedaron diciendo:
Señor, este hombre está loco,
y él dice: mi juicio tengo,
pongan lo que llevo dicho,
y le dicen, ya está puesto.
Item la de mi muger
y tambien la de mis hijos
es mi gusto, mando y quiero
que ardan en llamas eternas
porque fueron compañeros
en mi usura y codicia;
y diciendo todo esto,
una escuadra de demonios
entran en el aposento,
y cargan con los hijos,
con la muger y el enfermo,
dando voces por el aire
todos desaparecieron,
donde arden y arderán
en los eternos infernos.
Sirva de ejemplar á todos,
teman aquel juez severo,
lo que es de Dios darlo á Dios,
dejad los bienes agenos,
porque en este mundo triste
aunque seas muy soberbio,
en llegándote la muerte
te quedaste en esqueleto.
Y en otra segunda parte,

con el ayuda del cielo,
diré del Demonio y Carne
á los que me están oyendo.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije, noble auditorio,
en el romance primero
los desengaños que dá
el mundo á los hombres necios,
de aquí se sigue el Demonio,
que armando trazas y enredos
anda siempre por tentar
á los humanos del suelo.
Es verdad que Dios le tiene
bajo de su poder preso;
pero con su ciencia infusa
ya con infernal deseo
hace caer muchas almas
al profundo del infierno.
Díganlo tantas doncellas
que en el vestir deshonesto
siguen las huellas del diablo,
y al vicio corren sin freno.
¿Qué diré de aquellos hombres
y libertinos mancebos
que no hacen penitencia?
El diablo promete á estos
que vivirán muchos años,
engañándoles por cierto.
Hay mucha clase de cristianos,
como dije á lo primero,
que no piensan otra cosa
mas que dar gusto á su cuerpo,
ir á la comedia y baile,
á la tertulia, al paseo,
sin mirar que á Dios ofenden,
que en tertulias y festejos
es donde mas tienta el diablo;
pero dime tú, mancebo,
¿quién te dijo á tí jamás
los años, vida ó tiempo
que has de vivir en el siglo?
Yo he conocido por cierto
á muchos que se han echado
en cama sanos y buenos,
quizá en pecado mortal,
y han amanecido muertos;
á tí puede sucederte
lo que les sucedió á estos.

Ama á Dios, piensa en la muerte,
piensa que hay juicio é infierno,
que como lo hagas así,
seguro tienes el cielo.
El demonio has de auventar
con viva fé y santo celo,
con oracion y humildad,
esto es lo que te aconsejo,
y para que no lo ignores
escúchame este suceso:
En una ocasion habia
un libertino mancebo
que en negocios temporales
tenia todo su afecto,
nunca pensaba en la muerte
ni creía en el infierno,
cayó malo dicho jóven
de treinta años por lo menos,
le mandan que se confiese,
y él no hacia caso de eso
por mas que le amonestaban
curas, parientes ni deudes,
jamás queria hacer caso,
y un fraile con santo celo
le hizo aquesta exortacion:
hermano mio, yo vengo
como ministro de Cristo
que examines con acuerdo
tu conciencia y te confieses
con dolor y sentimiento
de haber ofendido á un Dios
que te ha puesto en este extremo,
que por confesarte bien
se abren las puertas del Cielo;
pero él ciego en su soberbia,
retorciendo un poco el gesto
dijo con voz alterada:
Padre, dejémos de eso,
y se volvió al otro lado
como haciendo menosprecio.
El religioso confuso,
con viva fé y santo celo,
le dice: hermano querido,
mire que aquel Rey supremo,
Hijo del Eterno Padre,
ha descendido del cielo
para tomar carne humana
por nuestro fácil remedio,
y que murió en una cruz
por salvar al Universo,

y si por ti dió la vida,
 ¿por qué has de ser tan perverso?
 Gravóse la enfermedad
 y llegó al último estremo,
 llamaron al religioso,
 segunda vez con esfuerzo
 hizo todo cuanto pudo;
 mas fué en vano todo esto,
 cuando ya al último aliento
 estaba para espirar
 dió muestras de sentimiento.
 ¡O pecador-obtinado!
 se me erizan los cabellos,
 el pulso todo me tiembla
 al referir el suceso;
 desclavó el Señor un brazo
 de aquel divino madero,
 y poniéndole al oido
 despegó sus lábios tersos
 y pronunció estas razones:
 ¡ó soberano misterio!
 "No me oiste, no te oí,
 te llamé bastante tiempo
 y responder no quisiste
 á mis llamamientos,
 pues vete con Satanás
 para siempre á los infiernos."
 ¡O mancebo que me escuchas!
 ¿qué me respondes á esto?
 ¡O doncella que me oyes!
 ¿te parece que esto es cuento?
 ó, como suelen decir,
 que son copletas del ciego.
 No lo son aunque las canto,
 que otros hombres mas discretos
 á mí me las enseñaron
 porque las enseñe al pueblo.
 Ahora vamos á la carne,

que es enemigo tercero.
 Si á mi me fuera posible,
 ó quisiera Dios del cielo
 prestarme aquella elocuencia
 de San Juan Nepomuceno
 por desterrar el vicio
 de la lujuria y trefco,
 de esos carnales deleites,
 de esos dichos deshonestos,
 de esas acciones tan feas;
 pero por no ser molesto
 finalizaré el romance
 con el siguiente suceso.
 Una vez un Santo padre
 entró en la ciudad á tiempo
 y vió un hombre que á una puerta
 estaba como durmiendo
 todo lo que era de largo,
 tumbado en el duro suelo,
 tocóle con el baston
 este venerable viejo,
 y dijo: ¿qué haces ahí?
 ¿cómo te ha rendido el sueño?
 y con voces destempladas
 le respondió muy soberbio:
 si tu eres siervo de Dios,
 yo soy diablo del infierno
 y aquí estoy como durmiendo,
 porque trabajo no tengo,
 que habiendo hombres deshonestos
 y doncellas lujuriosas
 yo muy descuidado duermo,
 porque acarrear mas almas
 que nosotros al infierno.
 Deja, cristiano, el pecar
 si quieres subir al cielo,
 y allí verás á tu Dios,
 que es el fin de mis deseos.

FIN.

Valladolid, Imprenta de Dámaso Samaren. 1844.



T. 130754

C. 1205554

R. 126227